

**RELACIONES INTERNACIONALES EN EL ESTRECHO
PLENOMEDIEVAL. EL FINAL DE LOS REINOS DE TAIFAS
Y LA ¿DIPLOMACIA? ALMORÁVIDE (1075-1110)**

**INTERNATIONAL RELATIONS IN THE MEDIEVAL STRAIT.
THE DEMISE OF THE TAIFA KINGDOMS
AND ALMORAVID ¿DIPLOMACY? (1075-1110)**

Adrián E. NEGRO CORTÉS

Universidad de Extremadura

Resumen

El propósito del presente artículo es ofrecer una nueva interpretación de la entrada de los almorávides en la Península Ibérica. A través del análisis de las embajadas que intercambiaron andalusíes y almorávides en el período 1075-1110 y la política exterior almorávide hacia al-Andalus ofrecemos una justificación en clave económica y monetaria de la entrada de los norteafricanos en la Península Ibérica. Tras analizar los sucesos previos a Sagrajas, la propia batalla, el sitio de Aledo, las deposiciones de reyes taifas del sur y las relaciones entabladas con la taifa hudí de Zaragoza hasta su caída en 1110 hemos llegado a la conclusión de que los almorávides trataron de establecer un régimen similar al de las parias pagadas a los cristianos pero al no conseguirlo decidieron anexarse el territorio.

Palabras clave: Almorávides, Reinos de Taifas, siglo XI, al-Andalus, Yusuf ibn Tashfin.

Abstract

The aim of this article is to offer a new approach to the landing of the Almoravid army in the Iberian Peninsula. After having analysed the embassies exchanged between andalusies and almoravids in the period 1075-1110 and the external policy of the almoravids towards al-Andalus we offer an explanation based on economic and monetary issues of the landing of the North Africans in al-Andalus. We discuss the events happened before Sagrajas, the battle, the siege of Aledo, the dethronement of the southern taifa kings and the relations with the hudí kingdom of Zaragoza until its collapse in 1110. We have reached the conclusion that the almoravids tried to establish a paria structure like the one which gave profit to the Christian Kingdoms but they decided to annex the territory instead, putting it under its direct government.

Keywords: Almoravids, Taifa Kingdoms, XI century, al-Andalus, Yusuf Ibn Tashfin.

1. INTRODUCCIÓN

Resulta complicado hablar de relaciones hispano-marroquíes en el contexto histórico que nos ocupa, finales del siglo XI e inicios del siglo XII, en el que ni España ni Marruecos existían como estructuras estatales propiamente dichas. En este texto hemos optado por tratar la especial relación que unió al Magreb y a al-Andalus durante el siglo XI, centrándonos especialmente en el período 1085-1110.

Sin embargo, para entender la dialéctica que se establece entre los reinos de taifas y los almorávides es preciso retrotraerse a finales del siglo X. La llegada de al-Mansur, el Almanzor de las crónicas cristianas, al gobierno del Califato cordobés en 967 marca un punto de inflexión clave en la relación entre ambas orillas del Estrecho. En época de Abderrahmán III se había prohibido a los andalusíes servir en el ejército, hartos los dirigentes cordobeses de las continuas rebeliones contra el poder central (Fierro, 2011: 80). A resultas de esto el Califato se enfrentó a la complicada tarea de encontrar efectivos que compusieran el ejército cordobés, que se enfrentaba a constantes desafíos por parte de los cristianos en la frontera norte, si bien esta política consiguió que las rebeliones internas contra el poder califal cesaran.

La solución implementada en tiempos de al-Mansur fue recurrir a bereberes del norte de África. Estos individuos formarán la parte mayoritaria de las tropas de choque del Califato hasta el declive del poder central que se inicia en 1010. Esta política consiguió grandes éxitos, al-Mansur se convirtió en el azote de los cristianos y no surgieron más revueltas contra el Califato. Pero lo único que mantenía unido a este ejército era el carisma y la capacidad militar de al-Mansur. Tras su muerte en 1002 le sucedió su hijo Abd al-Malik, manteniéndose más o menos el *statu quo*, pero a su muerte en 1008 llegó al poder el incapaz Abderrahmán Sanchuelo, quien acabó siendo depuesto y asesinado en 1009.

Esta fecha marcó el inicio de la *fitna* o guerra civil del Califato cordobés, en la que pugnarán por el poder al principio candidatos Omeyyas, pero a partir de 1016 apareció otra familia beréber en la pugna por el Califato, los Hammudíes, que habían entrado en al-Andalus a finales del siglo X formando parte del ejército amirí. Esta familia se asentó en Málaga y Algeciras, que fueron centros del poder beréber durante un largo lapso de tiempo. También consiguió proclamar a tres califas antes de la abolición definitiva del Califato en 1031.

Los bereberes que formaron parte del ejército de al-Mansur acabaron haciéndose con el poder en varias taifas (Abd Allah, 1981: 23). Los Hammudíes crearon las taifas de Algeciras en 1013 y Málaga en 1026, cuando el último candidato Hammudí al Califato Yahya I se retiró allí tras haber comprobado la imposibilidad de controlar Córdoba. Otras familias de origen norteafricano que destacaron durante el período taifal son los Banu Jirzun, que crearon la taifa de Arcos en 1012, los Banu Dammar, que fueron los fundadores de la taifa de Morón en 1014, los Banu Ifren, cuyo origen está en la ciudad de Tremecén, gobernantes de la taifa de Ronda desde su independencia en 1015, y los Banu Birzal, fundadores del reino de Carmona en 1013. Todas estas familias formaban parte de la confederación tribal beréber Zanata (Viguera Molins, 1994: 53-54).

La taifa bereber más importante fue la creada por los ziríes, originarios de la Cabilia argelina, en Granada hacia 1013. Esta es la única taifa beréber que se mantuvo independiente durante todo el siglo, consiguiendo incluso expandirse a costa de sus compatriotas hammudíes conquistando Málaga en 1057. El resto de taifas bereberes, salvo la malagueña, caerán en manos de la taifa más importante del período, la abbadí sevillana, entre 1055 (Algeciras) y 1069 (Arcos). Las relaciones entre las distintas facciones bereberes no eran buenas, como se aprecia en la imposibilidad de establecer un frente militar común en contra de los abbadíes sevillanos y la propia anexión de Málaga a la que hemos aludido anteriormente. Es el

panorama político que se encontraron los almorávides cuando desembarcan por primera vez en 1086.

Como se aprecia, los norteafricanos tendían a establecerse en zonas próximas al Estrecho. Los precursores de esta política fueron los Hammudíes, asegurándose el dominio de Málaga y Algeciras antes de optar al Califato. Los bereberes tendieron a establecerse en zonas relativamente cercanas a la costa por si tenían que regresar precipitadamente a sus lugares de origen en caso de reveses militares.

Nuestro propósito es realizar una semblanza de las relaciones que se establecieron entre los reinos de taifas y los almorávides entre 1083 y 1110 utilizando principalmente las crónicas árabes. No se ha hecho hasta ahora un estudio sistemático de las relaciones hispano-marroquíes en este período concreto y tan relevante de la historia de al-Andalus. Sí disponemos de monografías generales tanto sobre el período taifal: la publicada por Guichard y Soravia en 2004, como sobre el período almorávide, por ejemplo el clásico de Bosch.

Nuestro objetivo es demostrar, mediante el análisis de las fuentes árabes como las *Memorias* de Abd Allah y las crónicas árabes como el *Kitab al-Iktifa* o el *al-Hulal al-Mawsiyya* cómo los almorávides entraron en la Península Ibérica siguiendo motivaciones económicas, no religiosas o altruistas, exigieron pagos a los príncipes andalusíes a cambio de su defensa frente a los cristianos y al no conseguirlos, observando la debilidad militar de al-Andalus, decidieron deponer a los gobernantes de los reinos de taifas situando al-Andalus bajo su gobierno directo.

2. LA ENTRADA DE LOS ALMORÁVIDES (1086)

Los primeros testimonios sobre los almorávides afirman que se trataba de nómadas que se establecieron en la zona de Mauritania y Mali hacia finales del siglo x. Tras su islamización a mediados del siglo xi a cargo de Ben Yasin, cuya predicación se basaba en la doctrina malikí, aunque adaptada y simplificada para el público beréber al que se dirigía, se lanzaron a la conquista de la actual Marruecos y oeste de Argelia. Culminaron la conquista del norte de África en 1082 cuando bajo el mando de Yusuf Ibn Tashfin entraron en Argel. Desde 1083 cuando toman Ceuta (Ferhat, 1993: 82), los almorávides dominaron la costa sur del Estrecho, teniendo fácil acceso a al-Andalus.

Al mismo tiempo, los reinos taifas estaban haciendo frente a una situación complicada. Desde la reunificación de Castilla en 1072 bajo Alfonso VI, la presión militar sobre las taifas no dejó de aumentar. Estaban sometidas al régimen de parias, pagos anuales en moneda a cambio del mantenimiento de la paz que los reyes taifas abonaban a los reinos cristianos, cuyas primeras evidencias aparecen en los Condados Catalanes hacia 1040 y que Castilla había adoptado como elemento clave en su política exterior en la década de 1050.

El reinado de Alfonso VI trajo consigo el perfeccionamiento del sistema de parias, con embajadores que iban periódicamente a recoger el dinero a las taifas a las que habían sometido a esta exigencia. Las principales taifas que estuvieron sometidas a estos pagos fueron Zaragoza, Badajoz, Toledo y Granada. Además, Alfonso VI se erigió en árbitro de las disputas internas entre taifas, que solo podían llevar a cabo con efectivos militares cristianos, ya que las taifas apenas contaban con soldados entrenados como consecuencia de la política de desmilitarización de la sociedad andalusí llevada a cabo en época del Califato.

El continuo aumento de la presión económica cristiana sobre al-Andalus y la constatación de la debilidad militar musulmana frente a los cristianos plasmada en la caída de Toledo en 1085 y en una campaña de Alfonso VI en la que atravesó sin oposición al-Andalus llegando

hasta Tarifa, hacen que los reyes taifas se plantearan buscar una solución. La única respuesta posible en ese momento fue llamar en su auxilio a los almorávides, sus hermanos de fe en el norte de África, que contaban con potencial militar suficiente como para detener a los cristianos.

Las relaciones entre almorávides y el reino abbadí de Sevilla se iniciaron con anterioridad a 1085. Hay constancia de la colaboración de la flota sevillana en la toma de Ceuta en 1083, que estaba ocupada en aquel momento por un miembro de la familia hammudí (Ibn Jaldún, 1927: 75). Tras esta conquista fue el rey abbadí al-Mutamid quien solicitó la ayuda del dirigente almorávide Yusuf Ibn Tahsfin contra los cristianos.

Antes de la caída de Toledo los reyes taifas habían sido incapaces de acordar nada que les permitiera hacer causa común frente a los cristianos, manteniéndose enredados en continuas disputas entre ellos. Tras la caída de Toledo los dirigentes de los taifas reconocieron el problema e hicieron temporalmente causa común contra el enemigo cristiano, como cuenta Abd Allah en relación con su trato con Sevilla tras la deposición del famoso *hadjib* Ibn Ammar, que según el zírí había fomentado la discordia entre ambas taifas:

En ese punto el peligro [la amenaza cristiana] era el mismo para todos y la colaboración inevitable. Si no podíamos prestárnosla uno a otro en refuerzos materiales, por nuestra debilidad, podíamos al menos asociarnos en las negociaciones, en la adopción de resoluciones, en llamarnos mutuamente la atención sobre cualquier circunstancia de la que uno no se hubiera percatado y en cosas parecidas (Abd Allah, 1981: 169).

Al-Mutamid, por su relación preexistente con los norteafricanos cuando prestó su apoyo a los almorávides en la toma de Ceuta en 1083 (Guichard y Soravia, 2006: 142) y por su situación como dirigente de la taifa más poderosa, tomó la iniciativa en las negociaciones. Según Abd Allah, el rey abbadí decidió recurrir a los almorávides después de que Alfonso VI le exigiera la entrega de algunos castillos fronterizos, lo cual, unido a la caída de Toledo y a la campaña de Tarifa, era prueba de que la presión cristiana había llegado al límite de lo tolerable (Abd Allah, 1981: 198).

Antes de esto, el rey de Málaga Tamim había pedido en 1074 ayuda a los almorávides en contra de las pretensiones expansionistas de su hermano Abd Allah de Granada, pero los norteafricanos no atendieron su petición (Abd Allah, 1981: 198), siendo fieles a una política que mantendrían tras su desembarco en la Península Ibérica, la de no apoyar luchas de reyes taifa unos contra otros.

En estas conversaciones diplomáticas Sevilla cuenta con el apoyo de las taifas de Granada –ejemplo del nuevo espíritu de colaboración expresado más arriba por Abd Allah– y Badajoz, que envían a los cadíes de sus respectivas capitales a Sevilla para formar parte de la embajada. A esta se unirán el *hayib* de Sevilla Ibn Zaydun –hijo– y el cadí de Córdoba (Dozy, 1982: 240). Ibn al-Kardabus excluye a los enviados ziríes, diciendo que son solo los abbadíes y los aftasíes quienes se pusieron de acuerdo para enviar la embajada (Ibn al-Kardabus, 2008: 109).

En palabras atribuidas a él pero probablemente apócrifas, al-Mutamid describió gráficamente el propósito de la embajada: *prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla* (Ménendez Pidal, 1969: 329). Algunos cronistas (Ibn Jaldún, 1927: 78) han afirmado que sería el propio al-Mutamid quien encabezó la embajada. Sin embargo, este extremo parece poco probable (Bosch, 1984: 128).

En cualquier caso, la embajada estaba compuesta por los cadíes de tres importantes ciudades y el *hayib* sevillano, todos cargos de alto nivel. Estos se presentaron a finales de 1085 frente al emir almorávide Yusuf Ibn Tashfin en Fez para pedirle que entrara en al-Andalus a la cabeza de su ejército. Este, conocedor de la complicada situación de los reinos taifas en

ese momento, pidió que se le entregara el puerto de Algeciras. Los embajadores quedaron muy sorprendidos y el *hayib* sevillano respondió que no estaba facultado para hacer tamaña concesión (Dozy, 1982: 241).

Es una táctica dilatoria, como bien aprecia Abd Allah (Abd Allah, 1981: 199). En sus *Memorias* la maniobra queda aún más clara. Según el rey zirí es el mismo al-Mutamid quien prometió a Yusuf ibn Tashfin Algeciras y no interferir en la conquista de Ceuta por parte de los norteafricanos.

Tras entrar en Ceuta Yusuf ibn Tashfin mandó una embajada encabezada por el cadí Abd al-Malik e Ibn al-Ahsan a Sevilla donde estuvieron un tiempo hasta que al-Mutamid los envió de vuelta al norte de África en compañía de algunos potentados sevillanos para transmitir el mensaje de que Algeciras se entregaría en treinta días, tras evacuar a la población. Los embajadores sevillanos solicitaron un escrito del emir almorávide comprometiéndose a esperar esos treinta días, lo cual hace sospechar a los consejeros de Yusuf.

Los andalusíes estaban intentando hacer una política de contrapeso. Por un lado amenazaban a los castellanos con la intervención almorávide y por otro lado enviaron una embajada a Fez que no obtuvo ningún resultado. La demanda de Yusuf Ibn Tashfin tenía varios precedentes en la historia de al-Andalus. De hecho, los hammudíes se establecieron en Algeciras y Málaga gracias a una concesión califal parecida a la que el almorávide demandaba en ese momento. Parece que son los andalusíes quienes no quisieron llegar a un acuerdo, ya que la entrega de una ciudad de la importancia de Algeciras podía tener graves consecuencias, como se demostró posteriormente.

La petición de Algeciras perseguía el mismo propósito que los hammudíes pretendían en el siglo X, asegurarse un puerto próximo al Estrecho tanto para desembarcar tropas y abastecerse de recursos desde el norte de África como para tener un lugar desde el que huir si la suerte de las armas les era esquiva. Otros poderes norteafricanos como los benimerines en el siglo XIII seguirán estrategias parecidas.

Este intento de los andalusíes de practicar una política de contrapeso no tuvo éxito. Los castellanos, que no conocían bien el alcance de la amenaza norteafricana, la despreciaron y mantuvieron su presión sobre las taifas. Ibn Tashfin optó por una política de hechos consumados, en 1086 mandó un ejército a la Península Ibérica y desembarcó en Algeciras quedándose con su dominio *de facto* (Abd Allah, 1981: 200). A al-Mutamid no le restó más opción que aceptar la entrega de Algeciras a los norteafricanos y evacuó la plaza, rodeada por un ejército almorávide, parte del que combatiría en Sagrajas poco después. Fue el primer indicio de que la actitud de los norteafricanos no era tan desinteresada como pensaban los reyes de taifas.

Otra condición que impusieron los almorávides antes de entrar en al-Andalus es que, aunque ellos iban a llevar el peso de la guerra contra los cristianos, los reinos de taifas debían contribuir en la medida de sus posibilidades al esfuerzo militar y, sobre todo, no luchar entre ellos. Los norteafricanos se comprometieron a no fomentar disturbios y a respetar el territorio de los reinos de taifas (Abd Allah, 1981: 200).

El desembarco de los almorávides fue recibido con grandes muestras de regocijo por todo al-Andalus, como expone Abd Allah:

Ya desde que me escribió haber hecho su entrada en Algeciras, había yo mandado tocar los atabales y dar públicas muestras de alegría. Pensaba yo que su venida a Al-Andalus era un beneficio divino, tanto más grande a mis ojos, cuanto que uno y otro estábamos unidos por vínculos étnicos. Además, se decía en el país que los Almorávides eran gente de bien, que venían para asegurarse el paraíso en la otra vida y que eran justos en sus sentencias (Abd Allah, 1981: 201).

La mayoría de los reyes de taifas, salvo alguna excepción como Almería, aportaron efectivos militares a la campaña de Sagrajas. El ejército se concentró en Algeciras antes de iniciar su camino hacia el norte (Ibn al-Kardabus, 2008: 110). Estas huestes, encabezadas por los diferentes reyes taifa, también trajeron consigo grandes cantidades de dinero para los almorávides (Bosch, 1984: 128). Fue el primer ejemplo de unidad que dieron las taifas frente al peligro que suponía el avance cristiano y la segunda prueba de que la colaboración almorávide no era altruista sino interesada. La campaña se realizó en un ambiente festivo y acabó con una resonante victoria de los musulmanes.

Pero, una vez conjurada la amenaza cristiana, los reyes taifas volvieron a su estado natural de enfrentamiento continuo entre ellos. Nada más acabar la batalla Tamim, el rey de Málaga, trató de nuevo de obtener el apoyo de Yusuf ibn Tahsfín en contra de su hermano Abd Allah, pero el emir almorávide le negó su apoyo, como era su política. Poco después abandonó por sorpresa la Península, probablemente para poner paz en Fez tras la muerte de su hijo y heredero (Viguera Molins, 1997: 51) y designar a un nuevo sucesor, dejando un contingente de 3.000 hombres (Ibn al-Kardabus, 2008: 117).

La campaña de Sagrajas tuvo como resultado el cese temporal de la presión cristiana sobre los reinos taifas, quedando los cristianos estupefactos por la tremenda derrota que habían sufrido a manos de los almorávides. Los reinos taifas se unieron contra los reinos cristianos, pero cuando cesó el peligro volvieron a sus rencillas internas tratando de obtener el apoyo de Yusuf ibn Tashfín, al que reconocieron en este primer momento un poder arbitral.

3. LA CAMPAÑA DE ALEDO (1088)

La victoria de Sagrajas abrió un breve período de tranquilidad relativa en al-Andalus que durará hasta 1088. En esa fecha al-Mutamid le solicitó a Yusuf (Huici, 1954: 44) que volviera a cruzar el Estrecho para lanzar una campaña contra la fortaleza de Aledo, enclavada en la montaña murciana. Esta plaza estaba ocupada por García Jiménez, un castellano que lanzaba ataques constantes contra el territorio circundante. De ahí la necesidad por parte de los musulmanes de tomar la plaza (Guichard y Soravia, 2006: 143).

Otro protagonista de esta campaña fue Ibn Rashiq, un noble murciano que había jugado un papel clave a la hora de sofocar la rebelión de Ibn Ammar cuando el poeta trató de declararse independiente de Sevilla, pero que había acabado por hacerse con el poder en Murcia, si bien bajo la soberanía nominal de al-Mutamid.

El acuerdo fue similar al que se estableció para la batalla de Sagrajas: el ejército almorávide llevó el peso de la campaña y los reinos taifas aportaron efectivos en la medida de sus posibilidades. Abd Allah deja ver indicios de que la ayuda almorávide fue generosamente remunerada. El rey zirí afirmó en sus *Memorias* que sus gobernadores eran reacios a entregar las cantidades de dinero correspondientes a los impuestos animados por la presencia almorávide. También los súbditos estaban dejando de entregar las tasas debidas. Sin estas entradas de efectivo los reyes taifas no podían hacer frente a sus obligaciones, siendo una de ellas *el dinero que era forzoso dar a los Almorávides y continuos regalos que había que hacerles y, caso de fallar, podían comprometer la situación* (Abd Allah, 1981: 207).

Estos conatos de rebeldía cristalizaron en el asedio de Aledo. Los sitios eran quizás una de las más duras pruebas para la unidad de los ejércitos medievales, el aburrimiento era un factor a tener en cuenta y a medida que pasaban los días el abastecimiento de alimentos en una región montañosa y desolada como la que rodeaba Aledo se hacía cada vez más complicado, disminuyendo la moral de la tropa. Además, García Jiménez estaba avisado de que

los musulmanes avanzaban contra su fortaleza, por lo cual se había pertrechado de agua y alimentos para estar dispuesto para el largo cerco que se avecinaba.

La buena defensa planteada por García Jiménez y el tedio hicieron que las rencillas internas de los andalusíes no tardaran en aparecer. A los problemas suscitados por la creciente falta de liquidez de los reyes taifas se le añadió en el caso de Aledo la pugna que mantenían al-Mutamid e Ibn Rashiq por el territorio murciano. Cada uno de ellos trató de conseguir el apoyo de los almorávides ofreciéndoles suculentas cantidades de dinero, llegando el noble murciano a pronunciar la *jutba* o sermón en la mezquita con el nombre de Yusuf en lugar del de al-Mutamid (Abd Allah, 1981: 209). Al final, los almorávides se pusieron de parte del abbadí y depusieron a Ibn Rashiq.

Vista la situación, el sitio de Aledo no podía llegar a buen puerto. Corrió la voz de que Alfonso VI había lanzado una expedición contra la fortaleza murciana para levantar el cerco. Por ello, a los musulmanes tuvieron que replegarse y renunciar a conquistar la plaza. Mientras se retiraban, Tamim volvió a lanzar la reclamación que había planteado tras Sagrajas que de nuevo fue rechazada por los almorávides (Abd Allah, 1981: 212).

4. DESPUÉS DE ALEDO. LA CAÍDA DE LAS TAIFAS SUREÑAS

Tras el fracaso de Aledo los almorávides cambiaron completamente de política. Abd Allah tuvo que pagar crecientes cantidades de dinero a Garur, general almorávide y yerno de Yusuf ibn Tashfin, a cambio de su colaboración frente a las demandas de su hermano el rey de Málaga. Comenzó pagándole 1.000 dinares, luego tuvo que abonarle otros 500 dinares. Estos dos pagos estaban inicialmente dirigidos al emir almorávide, pero parece que no los llegó a recibir nunca, sino que se los quedó Garur y finalmente otros 1.000 dinares con el pretexto de que el general norteafricano tenía que mantener sus caballos en buen estado (Abd Allah, 1981: 216).

Tras el exilio del rey zirí, Yusuf le preguntó qué cantidades abonó a Garur en su momento, lo que demuestra que el general almorávide se quedó con el dinero que Abd Allah le entregó. Además, Garur obtuvo pingües beneficios de la extorsión a otros reyes andalusíes durante el episodio de Aledo.

Después de esto, Yusuf se negó a recibir en audiencia a los reyes de taifas, considerándolos ya un estorbo (Abd Allah, 1981: 219) e inició los planes para su deposición. El rey zirí, preocupado, mandó una embajada a Marrakech, pero el embajador que envía, al-Qulay'i, estaba más preocupado de convencer a Yusuf de destronar a su rey que de mantenerlo en el trono, que era obviamente lo que Abd Allah pretendía cuando envió esa embajada, lo cual era un reflejo del descontento de los andalusíes con sus reyes.

En 1089, tras el fracaso de la misión de al-Qulay'i, el reino granadino estaba en una situación desesperada. Abd Allah tomó medidas defensivas como aprovisionar sus fortalezas para resistir asedios de hasta un año, construir aljibes y almacenar armas.

Otra consecuencia del fracaso de Aledo fue la subida de la moral de las huestes castellanas, que salió muy mal parada de la derrota de Sagrajas. Tras el triunfo que supuso levantar el cerco de la fortaleza murciana, Castilla reinició con gran éxito su política de captación de parias en las taifas levantinas como Zaragoza y Lleida. El siguiente objetivo eran las taifas del sur, de las cuales Almería y Granada eran las más débiles. Hacia allí se dirigió en 1089 Álvar Fañez, hombre de confianza de Alfonso VI que tenía a su cargo la obtención de pagos de estas dos taifas (Abd Allah, 1981: 225). Dado que el ejército granadino era casi inexistente, al rey memorialista tuvo que acceder a realizar pagos de nuevo a Castilla (Abd Allah, 1981: 227), confiando en que las huestes castellanas ayudasen a mantener su reino.

El rey zirí justificó los pagos a los castellanos diciendo que si el ejército dirigido por Álvaro Fáñez devastaba su territorio no podría hacer frente a los pagos debidos a los almorávides –otra prueba más de las verdaderas intenciones de los norteafricanos en al-Andalus: captar dinero– y que no tuvo otra opción. Esto no es sino una manera de tratar de justificar su actuación, pero como hemos dicho antes la situación granadina era desesperada: si no pactaba con los castellanos su territorio sería devastado y no podría pagar a los almorávides, si llegaba a un acuerdo con Alfonso VI los almorávides le acusarían de colaboración con los infieles y le atacarían, que fue lo que acabó pasando.

Abd Allah trató de retrasar a los cristianos confiando en la llegada de un ejército almorávide (Abd Allah, 1981: 227), pero eso no sucedió, teniendo que avenirse a pagar parias. El zirí se comprometió en 1089 a pagar las tres anualidades, 30.000 dinares, que debía después de que dejara de entregar parias tras la batalla de Sagrajas –habían empezado a pagar parias a Castilla en 1074–. Para no soliviantar más a sus súbditos, Abd Allah afirmó que saca los 30.000 dinares de su tesoro personal.

En este momento el zirí estaba haciendo uso de la única opción que le quedaba: que los ejércitos castellanos le protegieran de los almorávides tratando de hacer una política de contrapeso igual a la que intentó Sevilla en 1085 y que no prosperó. La elección no era tan descabellada como podría parecer, ya que a la taifa de Zaragoza le funcionaría temporalmente una estrategia similar en la década siguiente pero Abd Allah no tuvo éxito. Cuando un ejército almorávide se situó asediando la ciudad del Darro al zirí tuvo que rendir la ciudad, ya que los castellanos no acudieron a ayudarle pese a que les estaba pagando parias.

Abd Allah envió una embajada a Marrakech para informar a Yusuf de su pacto con Alfonso pero recibió una respuesta amenazante (Abd Allah, 1981: 231). También se indispuso con al-Mutamid, quien al ver que los ejércitos castellanos atacaban territorio sevillano respetando al reino granadino se dio cuenta de que el zirí había roto esa relativa unidad que impedía a los reyes taifas volverse unos contra otros como habían hecho con anterioridad.

El pacto de ziríes y cristianos también trajo aparejado el surgimiento de varias rebeliones producidas por la debilidad granadina. Primero fueron los judíos de Lucena (Abd Allah, 1981: 237), luego los zanata (Abd Allah, 1981: 242), más tarde tuvo que sofocar otra rebelión en Loja (Abd Allah, 1981: 244).

En 1090, mientras Yusuf ibn Tahsfin estaba concentrando tropas en Ceuta para atacar Granada, Abd Allah trató a la desesperada de llegar a un acuerdo con el emir almorávide pero no lo consiguió. De nuevo, el embajador que envió habló en su contra y animó a Yusuf a conquistar Granada (Abd Allah, 1981: 257). El emir almorávide contaba con el apoyo de al-Mutamid, que había retomado su ancestral hostilidad hacia Granada y del resto de los reyes de taifas en su campaña contra la ciudad del Darro.

En este momento Yusuf desplegó una estrategia muy inteligente para aprovecharse de las rencillas internas de al-Andalus en su propio beneficio. Se presentó como amigo y aliado de las taifas en 1090 a pesar de tener ya el firme propósito de hacerse con el control directo de al-Andalus con el fin de evitar problemas. En Sagrajas se apreció la fortaleza de la unión de todas las taifas contra un enemigo común. Pese a la debilidad militar de al-Andalus, su mala situación económica y el gran apoyo del que gozaban los almorávides en la sociedad andalusí el emir almorávide quería evitar en lo posible la confrontación militar, que le debilitaría en el caso de posibles intervenciones cristianas.

Desarrollando esta estrategia, prometió a al-Mutamid el control de Granada una vez expulsado Abd Allah (Abd Allah, 1981: 284). Pero los reyes taifas se dieron cuenta de la nueva estrategia almorávide, ya que al-Mutawwakil, el soberano de Badajoz, animó al zirí a resistir, obviamente con el propósito de retrasar el avance almorávide pero solo mediante men-

sajes orales, para poder negarlo en el caso de que Yusuf ibn Tashfin se enterara (Abd Allah, 1981: 287).

Una vez que los ejércitos almorávides cruzaron el Estrecho Abd Allah volvió a ofrecer grandes cantidades de dinero a Yusuf a cambio de dejarle permanecer al frente de Granada (Abd Allah, 1981: 264), pero no consiguió detener el avance norteafricano. Sus súbditos se negaron a luchar y abren las puertas de la ciudad, con lo cual el zirí hubo de rendirse. Se intenta llevar consigo unos 16.000 dinares en joyas y alhajas que trató de utilizar para asegurarse un destino benévolo pero le fueron rápidamente requisados (Abd Allah, 1981: 273), ya que la primera preocupación de los almorávides una vez caída Granada fue encontrar el Tesoro zirí y hacerse con él.

A partir de entonces la historia es bien conocida, Yusuf se dirige hacia Almería con el pretexto de que sus ejércitos no habían acudido a su llamada en Granada (Abd Allah, 1981: 287) y los almorávides van tomando uno a uno los reinos taifa, incluyendo la potente taifa abbadí en 1091 (Bosch, 1984: 130), hasta hacerse con el control absoluto de al-Andalus.

Para ello Yusuf utilizó como mecanismo legitimador una *fetua* emitida por alfaquíes próximos a su causa en la que se puso de manifiesto que el gobierno de las taifas no seguía la ley coránica, sobre todo en lo relativo a los impuestos (Bosch, 1998: 146). Brufal (Brufal, 2007: 16) demuestra que los reyes de taifas no impusieron nuevas cargas impositivas extracoránicas con el fin de abonar las parias, sino que mantuvieron las prácticas fiscales de sus antecesores, lo cual desmiente un prejuicio sobre los dirigentes de las taifas que se ha mantenido largo tiempo.

5. NUEVAS RELACIONES: AL-ANDALUS TRAS 1091

En 1091 los almorávides habían desalojado del poder a todos los reyes taifas salvo a al-Mutawwakil de Badajoz, al-Mustain de Zaragoza, Ibn Razin de Albarracín y Baleares, cuya parte peninsular, Denia, había caído en manos norteafricanas pero la parte insular se mantuvo independiente hasta 1118 (Bosch, 1998: 130). El aftasí trató de mantener su reino manteniendo una actitud servil hacia los almorávides, incluso prestando efectivos para la conquista de Sevilla (Dozy, 1982: 195) pero no consiguió escapar de la deposición en 1094. Este lapso de tiempo que transcurre entre 1092 y 1094 fue usado por los almorávides para asentar su poder en el sur antes de lanzarse a conquistar las zonas fronterizas.

En 1094 ya solo quedan Albarracín, Zaragoza y Baleares (Bruce, 2010: 245) como entidades políticas independientes dentro de al-Andalus. Las taifas turolense e insular estaban protegidas por su inaccesibilidad y por su poca importancia política. Por otro lado, la taifa hudí estaba protegida por su condición de estado-tapón, su lejanía y su relativo potencial militar.

Albarracín resiste además porque los ataques norteafricanos primero fueron dirigidos hacia el Señorío de Valencia y hasta que no fue abandonada la ciudad del Turia por las huestes que habían obedecido al Cid los almorávides no se plantearon la conquista de la pequeña taifa turolense (Ortega, 1997: 371). Tras la reentrada de los musulmanes en Valencia la suerte de la taifa de los Banu Razin estaba echada. En abril de 1104 los almorávides llegaron a las puertas de Albarracín, rindiéndose la fortaleza sin lucha (Mañllo, 2010: 62).

Con respecto a Zaragoza, entre 1094 y 1102 al-Mustain llevó a cabo una política de contrapeso amenazando a los cristianos con los almorávides y viceversa. El mismo rey hudí reivindicaba en sus cartas a Marrakech contenidas en el *al-Hulal al-Mawsiyya* su papel como “escudo de los musulmanes” (Huici, 1951: 60-61). Pagó parias a Castilla con la confianza de

que las huestes castellanas mantengan a raya a sus enemigos, principalmente Aragón y los almorávides.

Este apoyo castellano cristalizó en asistencia militar como la prestada en la batalla de Alcoraz de noviembre de 1096, en la que los condes García Ordóñez y Gonzalo Núñez apoyaron sin éxito al ejército hudí (Utrilla, 2007: 109), que sufrió una gran derrota frente al ejército aragonés encabezado por Pedro I (Reilly, 1988: 283). Además, Yusuf ibn Tashfin recomendó en su lecho de muerte a su hijo mantener la independencia de Zaragoza para que sirviera de estado-tapón frente a los cristianos.

Ya en 1102 al-Mustain se dio perfecta cuenta de que el potencial militar almorávide era mucho mayor que el de los cristianos y decidió pactar con ellos (Huici, 1951: 61) enviando a su hijo y heredero a participar de los fastos asociados a la proclamación como heredero del hijo de Yusuf ibn Tashfin, poniendo así fin a los pagos a Castilla. Como sabemos, la posición del emir almorávide hacia las parias había sido siempre de completo rechazo y de ningún modo iba a aceptar un acuerdo que las incluyera.

Hasta la muerte de al-Mustain el reino hudí, a pesar de haber perdido bastante territorio en el norte a costa de Aragón y la amenaza almorávide, mantenía su independencia. El fallecimiento del hudí en Valtierra, durante una campaña en Navarra en enero de 1110, marcó el inicio del fin de la taifa zaragozana. La sucesión no es discutida, pero el partido pro-almorávide de la ciudad puso como condición para apoyar a su sucesor Abd al-Malik renunciar a la protección cristiana. Esto dejó a la ciudad indefensa, lo cual fue aprovechado por los almorávides para presentarse ante la ciudad en mayo de 1110, que se rindió sin lucha (Bosch, 1998: 187).

6. CONCLUSIONES

El papel que jugaron los almorávides en el período 1086-1093 es el mismo que les fue reservado a los contingentes militares cristianos como los del Cid o los contingentes catalanes alrededor de 1050. Queda claro que los norteafricanos no pasan a la Península movidos por propósitos nobles como ayudar a sus hermanos de religión, sino que entran en al-Andalus a cambio de dinero. Yusuf asume también un papel de arbitraje entre los dirigentes taifas.

Abd Allah afirma que los almorávides recibían cuantiosos caudales y regalos cada vez que atravesaban el Estrecho y cómo los norteafricanos ejercían la misma presión militar que los cristianos, buscando idéntico resultado. Los almorávides persiguieron, a partir de 1090, reproducir el régimen de parias en su propio beneficio. Pero los reinos de taifas ya llevaban largo tiempo siendo esquilados por Castilla, con lo cual poco quedaba ya en los depauperados tesoros de los taifas.

Además, la intervención almorávide trae consigo un nuevo factor que es el apoyo que reciben por parte de las clases humildes e intermedias de la sociedad. Castilla jamás podría conseguir el apoyo del pueblo llano, pero los almorávides consiguieron ilusionar a una sociedad que veía en sus gobernantes a débiles y empavesados reyes preocupados de sus fiestas e incapaces de hacer frente a la amenaza cristiana. Esto disloca las efectivas estructuras fiscales, originarias del Califato, en las que descansaba la riqueza de los reinos taifas, ya que tanto los súbditos como los gobernadores provinciales se niegan a entregar los tributos debidos.

Así, los reinos taifa dejan de poder hacer frente a las obligaciones contraídas con los almorávides. Ya no pueden pagar, por lo que los almorávides, al cesar los abonos y contando con el abrumador apoyo de la población, deciden deponer a los reyes taifa y hacerse con el territorio de al-Andalus. Esta es una de las razones por las que la taifa hudí de Zaragoza consiguió aguantar hasta 1110, quince años más que el resto de taifas –salvo la de Baleares, que por

su insularidad resiste hasta 1118— porque nunca está expuesta a la ruptura de las estructuras fiscales provocada por los almorávides en las taifas del sur y tiene el dinero necesario para usar a mercenarios cristianos contra sus enemigos: Aragón y los almorávides. También ejerce un papel clave el plan de Yusuf ibn Tashfin de mantener a Zaragoza como un estado-tapón entre Aragón, Barcelona y los almorávides que será abandonado por su heredero Alí.

La entrada de los almorávides en la Península está movida por motivaciones económicas. En el momento que los objetivos de captación de recursos no se cumplen, cuando los reyes taifas dejan de pagar, los norteafricanos cambian de estrategia y conquistan el territorio. Castilla podría haberse planteado esta medida en el momento en el que cesaran los pagos de parias, pero habría tenido que hacer frente al descontento de los andalusíes, que habrían hecho piña frente a la amenaza cristiana como hicieron con éxito en Sagrajas, con más recursos.

Para nosotros, es clave la dislocación de las estructuras fiscales andalusíes. Un sistema que funcionaba perfectamente desde tiempos del Emirato deja de hacerlo por la desafección de los súbditos hacia sus gobernantes y, sobre todo, por la aparición de una alternativa musulmana. Antes de 1086 si al-Andalus caía, lo hacía en manos cristianas. De Sagrajas surgen los almorávides como una alternativa real de gobierno: son musulmanes y pueden derrotar militarmente a los cristianos. Los andalusíes prefirieron ser camelleros a porqueros.

La entrada de los almohades en 1150 está cortada por el mismo patrón. Los andalusíes solo soportaban la dominación norteafricana mientras pudieran defenderles de los cristianos. Cuando los almorávides comienzan a dar síntomas de debilidad frente a Castilla y Aragón, los súbditos de al-Andalus rápidamente cambian de bando y se posicionan junto a los almohades. Tras 1212 se repite la historia, el problema es ya no hay ningún pueblo norteafricano que esté en disposición de ayudar a los andalusíes y la frontera se derrumba, dando lugar a las conquistas de Fernando III.

BIBLIOGRAFÍA

ABD ALLAH

(1981): *El siglo XI en primera persona. Las memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*, trad. E. Lévi-Provençal y E. García Gómez, Madrid, Alianza.

BOSCH VILA, J.

(1984): *La Sevilla Islámica*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

(1998): *Los almorávides*, estudio preliminar por E. Molina López, Granada, Archivum.

BRUCE, T.

(2010): “Piracy as statecraft: the Mediterranean policies of the fifth/eleventh century Taifa of Denia”, *Al-Masaq*, 22-3, pp. 235-248.

BRUFAL SUCARRAT, J.

(2007): “La sociedad almorávide en el distrito de Lérida (1102-1146). La representación del poder mediante las propiedades rurales”, *Medievalismo*, 17, pp. 13-38.

DOZY, R. P.

(1982): *Historia de los musulmanes de España*, tomo IV: *Los reyes de taifas*, Paracuellos del Jarama, Turner.

FIERRO BELLO, M.

(2011): *Abderramán III y el Califato Omeya de Córdoba*, San Sebastián, Nerea.

FERHAT, H.

(1993): “Un monument almoravide: la grande mosquée de Ceuta/Sabta”, *Anaquel de Estudios Árabes*, 4, pp. 77-86.

GUICHARD, P. y SORAVIA, B.

(2006): *Los reinos de taifas: fragmentación política y esplendor cultural*, Málaga, Sarriá.

HUICI MIRANDA, A.

(1951): *Al-Hulal al-Mawsiyya. Crónica árabe de las dinastías almorávide, almohade y benimerín*, Tetuán, Editora Marroquí, tomo I.

(1954): “El sitio de Aledo”, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección árabe-islam*, 3, pp. 41-54.

IBN AL-KARDABUS

(2008): *Historia de al-Andalus*, trad. F. Maíllo Salgado, Madrid, Akal.

IBN JALDÚN

(1927): *Histoire des Berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, trad. Barón de Slane, París, Impr. du Gouvernement, tomo II.

MAÍLLO SALGADO, F. (ed.)

(2010): *Crónica anónima de los reyes de taifas*, Madrid, Akal.

MENÉNDEZ PIDAL, R.

(1969): *La España del Cid*, Madrid, Espasa-Calpe, 7.^a ed. (1.^a ed. 1929).

ORTEGA ORTEGA, J. M.

(1997): “La taifa de Santamariyyat as-sarq. Fernando I y el inicio de la percepción de parias por Castilla”, *Studium. Revista de Humanidades*, 3, pp. 361-374.

REILLY, B. F.

(1988): *The kingdom of Leon-Castilla under Alfonso VI (1065-1109)*, Princeton, Princeton University Press.

UTRILLA UTRILLA, J. F.

(2007): “Conquista, guerra santa y territorialidad en el reino de Aragón: Hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)”, en E. Sarasa Sánchez (ed.), *Las Cinco Villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 95-128.

VIGUERA MOLINS, M. J.

(1994): “Las Taifas”, en M. J. Viguera Molins (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo VIII-I: *Los reinos de Taifas: al-Andalus en el siglo XI*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 39-121.

(1997): “Los almorávides”, en M. J. Viguera Molins (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo VIII-II: *Almorávides y almohades, siglos XI al XIII*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 42-64.